

CAPITULO II

LA PERSISTENCIA DE LA POBREZA EN MEDIO DEL AUMENTO DE LA RIQUEZA

¹ El gran problema, del cual estos períodos de crisis económicas no son sino manifestaciones especiales, está ahora, en mi opinión, completamente resuelto, y los fenómenos sociales que en todo el mundo civilizado espantan al filántropo y dejan perplejo al hombre de Estado, que anublan el porvenir de las razas más adelantadas y sugieren dudas sobre la realidad y meta final de lo que encariñadamente hemos llamado "progreso", están ahora aclarados.

² *La razón por qué, a pesar del aumento del poder productivo, los salarios tienden constantemente hacia un mínimo que no permiten sino un mísero vivir, es que, con el aumento del poder productivo, la renta tiende a aumentar más aún, engendrando así una tendencia constante a deprimir los salarios.*

³ La tendencia directa, en todos los sentidos, de una civilización que progresa, es aumentar el poder del trabajo humano para satisfacer los deseos humanos, extirpar la miseria y desterrar la necesidad y el temor a la necesidad. Todo lo que constituye el progreso, todas las condiciones por las que las sociedades progresivas se afanan, tienen como resultado directo y natural la mejora de la condición material (e intelectual y moral, por consiguiente) de cuanto se halla bajo su influencia. El crecimiento de la población, la mayor cuantía y extensión de los cambios, los descu-

brimientos de la ciencia, la marcha de los inventos, la difusión de la cultura, los progresos de la administración y la mejora de las costumbres, consideradas como fuerzas materiales, todo tiene una tendencia directa a aumentar el poder productivo del trabajo, no sólo de algún trabajo, sino de todo trabajo; no en algunos ramos de la producción, sino en todos, porque la ley de la producción de la riqueza en la sociedad es ésta: "Cada uno para todos y todos para cada uno."

4 Pero el trabajo no puede obtener los beneficios que el progreso de la civilización aporta, porque son interceptados. Siendo la tierra necesaria al trabajo, y hallándose reducida a propiedad privada, cualquier incremento en el poder productivo del trabajo no hace sino aumentar la renta —el precio que el trabajo tiene que pagar por la posibilidad de utilizar sus propias facultades—; y así, todas las ventajas alcanzadas por la marcha del progreso van a los dueños de la tierra, y los salarios no aumentan. Los salarios no pueden aumentar, porque cuanto mayor sea la ganancia del trabajo, mayor será el precio que éste tiene que pagar, a expensas de sus ganancias, por la posibilidad de obtener alguna ganancia. Por esto, el simple trabajador no tiene más interés en el aumento general del poder productivo, que el esclavo cubano tenía en el alza del precio del azúcar. Y así como un alza en el precio del azúcar podía empeorar la condición del esclavo, induciendo al amo a obligarle más duramente al trabajo, así también la condición del trabajo libre puede empeorar, tanto positiva como relativamente, por el aumento en el poder productivo de su trabajo. Porque, engendradora por el continuo avance de las rentas, nace una tendencia especulativa que anticipa el efecto de los progresos futuros por un avance de la renta aún mayor, y de este modo, cuando no ha ocurrido así por el incremento normal de la renta, tiende a reducir los salarios al nivel de los del esclavo, al punto en el cual el trabajador estrictamente puede vivir.

5 Y robado así de los beneficios del aumento de poder produc-

tivo, el trabajo se halla expuesto a ciertos efectos del adelanto de la civilización que, sin las ventajas que naturalmente los acompañan, son males positivos y tienden por sí mismos a reducir al trabajador libre a la desvalida y degradada condición del esclavo.

6 Porque todas las mejoras que, a medida que la civilización adelanta, aumentan el poder productivo consisten en una subdivisión cada vez mayor del trabajo, o la hacen necesaria, y la eficacia de la masa total de trabajadores crece a expensas de la independencia de sus componentes. El trabajador individual aprende y se adiestra tan sólo en una parte infinitesimal de los variados procesos requeridos para subvenir aun a las necesidades más comunes. El producto total del trabajo de una tribu salvaje es pequeño; pero cada uno de sus individuos es capaz de vivir independientemente. Puede edificar su propia habitación, vaciar o montar a piezas su canoa, hacerse sus vestidos, fabricar sus armas, trampas, herramientas y adornos. Tiene cuantos conocimientos de la Naturaleza posee su tribu; conoce los productos vegetales aptos para su alimento, y dónde se pueden hallar; sabe las costumbres y los refugios de los animales, pájaros, peces e insectos; se orienta por el Sol o las estrellas, por el giro de las flores o el musgo de los árboles; es, en resumen, capaz de subvenir a todas sus necesidades. Puede ser separado de sus compañeros y seguir viviendo; y así, posee un poder independiente que le convierte en una parte contratante libre en sus relaciones con la sociedad de la cual es miembro.

7 Comparad con este salvaje al trabajador de las filas inferiores de la sociedad civilizada, cuya vida se gasta en producir sólo una cosa, y con frecuencia una parte infinitesimal de una cosa, de las numerosísimas que constituyen la riqueza de la sociedad, y subvienen aun a las necesidades más primitivas; que no sólo no puede hacerse ni las herramientas necesarias para su trabajo, sino que a menudo trabaja con herramientas que no son suyas ni él espera que lo sean nunca. Obligado a un trabajo todavía

más asiduo y continuo que el del salvaje, y logrando por ello únicamente lo que éste obtiene, lo indispensable para vivir, el trabajador pierde la independencia del salvaje. No sólo es incapaz de aplicar sus propias facultades a la satisfacción directa de sus necesidades, sino que, sin el concurso de muchos otros, no puede aplicarlas indirectamente para satisfacerlas. Es un simple eslabón de una cadena inmensa de productores y consumidores, imposibilitado de separarse e imposibilitado de moverse, salvo cuando los demás se muevan. Cuanto peor sea su posición en la sociedad, tanto más depende de ella, más se vuelve absolutamente incapaz de hacer algo para sí mismo. Aun la facultad de aplicar su trabajo a satisfacer sus necesidades, se halla fuera del alcance de su propia voluntad y puede serle arrebatada o restituida por intervenciones ajenas o por causas generales, sobre las cuales no ejerce más influencia que sobre los movimientos del sistema solar. El castigo original viene a ser mirado como una dádiva, y los hombres piensan y hablan y claman y legislan como si el monótono trabajo manual en sí fuese un bien y no un mal, un fin y no un medio. En tales circunstancias el hombre pierde la cualidad esencial del linaje humano: el poder divino de modificar y dirigir las condiciones ambientales. Se convierte en un esclavo, en una máquina, en una mercancía, en una cosa, bajo ciertos aspectos, inferior al animal.

No soy un admirador sentimental del estado salvaje. Mis ideas sobre los incultos hijos de la Naturaleza no las saco de Rousseau, Chateaubriand o Cooper. Me doy cuenta de su pobreza material e intelectual y de su condición baja y estrecha. Creo que la civilización es no sólo el destino natural del hombre, sino también la manumisión, elevación y refinamiento de todas sus facultades, y pienso que sólo en un estado de ánimo que le lleve a envidiar al ganado rumiante, un hombre, libre para gozar las ventajas de la civilización, puede echar de menos el estado salvaje. Pero, no obstante, creo que nadie que abra los ojos a los hechos puede rechazar la conclusión de que hay, en el corazón de nuestra civi-

lización, clases numerosas con las cuales el más auténtico salvaje no se cambiaría. Es mi opinión meditada que si en el umbral de la existencia nos fuera dado elegir la entrada en la vida como un fueguino, un negro de Australia, un esquimal en el círculo ártico o un individuo de las clases más bajas de un país tan altamente civilizado como la Gran Bretaña, sería infinitamente mejor elegir la suerte del salvaje. Pues aquellas clases que en medio de la riqueza están condenadas a la miseria, sufren todas las privaciones del salvaje sin su sentimiento de personal libertad; están condenadas a mayor estrechez y bajeza, sin la oportunidad de desenvolver sus rudas virtudes; si su horizonte es más amplio, lo es únicamente para descubrir los dones de que no pueden disfrutar.

Habría alguien a quien esto parezca una exageración, pero será sólo porque nunca se ha tomado la pena de comprobar la verdadera condición de aquellas clases a quienes el férreo tacón de la civilización moderna oprime con toda su fuerza. Según observa De Tocqueville, en una de sus cartas a madama Swetchine, "nos acostumbramos tan pronto a la idea de la penuria, que un mal que cuanto más dura mayor es para el paciente, menor le parece al observador, por el mismo hecho de su duración"; y acaso la mejor prueba de la justicia de esta observación es que en ciudades donde existe una clase social de mendigos y otra de criminales, donde jovencitas tiritan de frío mientras cosen para ganarse el pan, y muchachos andrajosos y descalzos tienen por hogar las calles, se recoge dinero con regularidad para enviar misioneros a los infieles. ¡Enviar misioneros a los infieles! Sería risible si no fuera tan triste. ¡Baal ya no extiende sus horribles y sesgados brazos; pero en países cristianos hay madres que matan a sus tiernos hijos por una limosna funeraria! Y desafío que se presente alguna relación auténtica de la vida salvaje con cuadros de degradación semejantes a los que se encuentran en documentos oficiales de naciones altamente civilizadas, en informes de comisio-

nados sanitarios y en investigaciones sobre la condición de los trabajadores pobres.

10 La sencilla teoría que he delineado (si, en realidad, se puede llamar teoría lo que es sólo el reconocimiento de las relaciones más evidentes) explica esta conjunción de la miseria con la riqueza, de salarios bajos con un poder productivo elevado, de la degradación en medio de la cultura, de la esclavitud virtual dentro de la libertad política. Armoniza, como resultado de una ley general e inexorable, hechos que de otro modo resultan confusos en extremo, y pone de manifiesto el enlace y relación de fenómenos que, sin referirlos a ella, parecen diversos y contradictorios. Explica por qué el interés y los salarios son más elevados en los países nuevos que en los viejos, aun siendo menor, por término medio y en totalidad, la producción de riqueza. Explica por qué los perfeccionamientos que aumentan el poder productivo del trabajo y del capital no aumentan la ganancia de ninguno de ellos. Explica lo que comúnmente se llama el conflicto entre el trabajo y el capital, mientras prueba la verdadera armonía de intereses entre ambos. Destruye hasta sus últimos fundamentos los sofismas de la protección, y a la par muestra por qué el librecambio no favorece de un modo permanente a las clases trabajadoras. Explica por qué aumenta la necesidad con la abundancia, y la tendencia de la riqueza a concentrarse cada vez más. Explica las crisis económicas que periódicamente se suceden, sin recurrir al absurdo del "exceso de producción" ni del "exceso de consumo". Explica la ociosidad forzosa de gran número de hombres deseosos de producir, que malgasta el poder productivo de pueblos adelantados, sin acudir al absurdo de que hay poco trabajo o demasiada gente para hacerlo. Explica los efectos dañosos para la clase trabajadora que, a menudo, siguen a la introducción de máquinas, sin negar las ventajas naturales que su empleo proporciona. Explica el vicio y la miseria que se ve en toda población densa, sin atribuir a las leyes de la Sabiduría y Bondad

Suprema defectos que corresponden sólo a la legislación miope y egoísta de los hombres.

¹¹ Esta explicación concuerda con todos los hechos.

¹² Mirad el mundo actual. En los países más diametralmente opuestos —bajo las condiciones más diversas en cuanto a gobierno, industrias, aranceles y monedas— hallaréis penuria en las clases obreras; pero donde encontraréis penuria y desamparo en medio de la riqueza, veréis también que la tierra está monopolizada; que, en lugar de ser tratada como propiedad común de todo un pueblo, se considera como propiedad privada de los individuos; que, para que el trabajo las use, grandes rentas se arrebatan a las ganancias de éste. Echad una ojeada al mundo actual comparando los diferentes países entre sí, y veréis que no es la abundancia de capital o la productividad del trabajo lo que hace altos o bajos los salarios, sino el grado hasta el cual los monopolistas de la tierra pueden exigir, como rentas, tributos sobre las ganancias del trabajo. ¿No es un hecho notorio, sabido por todos, que los países nuevos, donde la riqueza total es pequeña, pero donde la tierra es barata, son siempre para las clases trabajadoras países mejores que los países ricos, donde la tierra es cara? Dondequiera que los precios de la tierra son relativamente bajos ¿no encontraréis también los salarios relativamente altos? Y donde el valor de la tierra es alto ¿no encontraréis los salarios bajos? A medida que la tierra aumenta de valor, la pobreza se ahonda y aparece el pauperismo. En las nuevas colonias, donde la tierra es barata, no encontraréis mendigos, y las desigualdades de condición son muy ligeras. En las grandes ciudades, donde la tierra tiene tanto valor que hasta se mide por pies, hallaréis los extremos de la pobreza y del lujo. Y esta disparidad de condición entre los dos extremos de la escala social puede medirse siempre por el precio de la tierra. La tierra en Nueva York tiene más valor que en San Francisco, y el sanfranciscano vería en Nueva York abyección y miseria que le horrorizarían. La tierra tiene

más valor en Londres que en Nueva York, y en Londres hay abyección y desamparo peores que en el mismo Nueva York.

13 Si comparamos épocas diferentes de un mismo país cualquiera, es notoria la misma relación. Como resultado de ardua investigación, Hallam expresa su convencimiento de que los salarios del trabajo manual en Inglaterra eran mayores durante la Edad Media que ahora. Sea esto o no así, es evidente que no podían ser mucho menores, si realmente lo eran algo. El enorme incremento de la eficacia del trabajo, que hasta en agricultura se estima en 700 u 800 por 100, y en muchos ramos de la industria es casi incalculable, ha hecho aumentar la renta únicamente. La renta de la tierra agrícola en Inglaterra es ahora, según el profesor Rogers, ciento veinte veces mayor, si se aprecia en moneda, de lo que era hace quinientos años, y catorce veces mayor apreciada en trigo; mientras la renta de la tierra urbana y minera ha aumentado muchísimo más. Según justiprecia el profesor Fawcett, la renta capitalizada de Inglaterra asciende ahora a 4.500.000.000 de libras o 21.870.000.000 de dólares; es decir, que unos pocos millares de ingleses tienen sobre el trabajo del resto un derecho de retención cuyo valor, capitalizado, sería dos veces mayor que el de toda la población, si fuese esclava, al precio medio de los negros del Sur en 1860.

14 En Bélgica y Holanda, en Francia y en Alemania, la renta y precio de venta de la tierra agrícola ha doblado durante los últimos treinta años (1). En resumen, el incremento del poder productivo ha elevado en todas partes el valor de la tierra; en ninguna ha aumentado el valor del trabajo, pues aunque los salarios actuales hayan subido algo en algunos lugares, la elevación es claramente atribuible a otras causas. En más sitios han bajado, esto es, donde era posible que bajaran, porque existe un mínimo debajo del cual los trabajadores no pueden sostener su número. Y en todas partes los salarios han bajado en proporción al producto.

(1) *Systems of Land Tenure*, publicado por el Cobden Club.

15 Que la peste negra ocasionó en el siglo xiv una gran subida de los salarios en Inglaterra se percibe claramente en los esfuerzos de los propietarios para regularlos por decreto. No cabe la menor duda de que aquella espantosa mengua de la población, en vez de aumentar, redujo realmente el poder efectivo del trabajo; pero al disminuir la competencia por la tierra, redujo aún más la renta, y los salarios aumentaron tanto que se acudió a la fuerza y a las leyes penales para deprimirlos. El efecto inverso, consecuencia del monopolio de la tierra, ocurrió en Inglaterra durante el reinado de Enrique VIII, con el acotamiento de las tierras comunales y la repartición de las de la Iglesia entre los alcahuetes y parásitos, que así pudieron fundar familias nobles. El resultado fue el mismo a que tiende un aumento especulativo en, el valor de la tierra. Según Malthus (que, en sus *Principios de Economía política*, menciona el hecho sin relacionarlo con el régimen agrario), en el reinado de Enrique VII, medio bushel de trigo compraría poco más de un día de trabajo corriente; pero en el último reinado de Isabel, medio bushel de trigo hubiera pagado tres días de trabajo ordinario. Difícilmente puedo creer que la reducción de los salarios fuese tan grande como esta comparación indica; pero que hubo reducción en los salarios corrientes y gran penuria en las clases trabajadoras se atestigua por las quejas acerca de los "contumaces vagabundos", y las leyes para suprimirlos. La rápida monopolización de la tierra, la elevación de la renta de especulación por cima de la línea de la renta normal produjo vagos y mendigos, como iguales efectos, por causas iguales, se han manifestado recientemente en Estados Unidos.

16 "Tierra que rentaba veinte o cuarenta libras esterlinas al año —dice Hugo Latimer—, ahora se arrienda por cincuenta o ciento. Mi padre era un labrador acomodado y no poseía tierras propias: sólo tenía una heredad arrendada por tres o cuatro libras anuales a lo sumo, y con ella cultivaba lo bastante para emplear media docena de hombres. Tenía sitio para un centenar de ovejas, y mi

madre ordeñaba treinta vacas; pudo, y lo hizo, llevar su arnés y su caballo cuando llegó la hora de prestar al Rey servicio militar. Recuerdo que yo mismo le abroché el arnés cuando fue a Blackheath Field. Me mandó a la escuela, casó a mis hermanas, dotando a cada una con cinco libras esterlinas, y las crió en la piedad y el temor de Dios. Daba hospitalidad a sus vecinos y hacía algunas limosnas a los pobres. Y todo esto lo sacaba de la misma heredad por la cual el que la tiene ahora paga dieciséis libras al año o más, y no se halla en estado de hacer nada para su soberano, para sí mismo ni para sus hijos, ni para dar un trago a un pobre.”

17 “De este modo —dice sir Tomás More, refiriéndose a la expulsión de los pequeños colonos que caracterizó este aumento de la renta—, sucedió que estos pobres diablos, hombres, mujeres, niños, huérfanos, maridos, padres con sus chiquillos, familias más numerosas que ricas, todos emigraban de sus campos nativos sin saber a dónde ir.”

18 Y así, de la raza de los Latimer y de los More —del alma fuerte que entre las llamas de la hoguera de Oxford gritaba “*Haz como un hombre, Master Ridley*”, y de la mezcla de vigor y dulzura que la prosperidad no pudo corromper ni el hacha del verdugo abatir— brotaron los ladrones y vagabundos, la criminalidad y el pauperismo que todavía maculan los pétalos más íntimos de la rosa de Inglaterra y cual gusanos roedores hacen presa en sus raíces.

19 Pero tanto valdría citar ejemplos históricos de la gravitación. El principio es igualmente universal, igualmente obvio. Que la renta *tiene que* disminuir los salarios es tan claro como que cuanto mayor sea el sustraendo menor será el residuo. Que la renta *disminuye* los salarios, cualquier persona, dondequiera que esté, puede observarlo, con sólo mirar a su alrededor.

20 No hay misterio en la causa que en 1849 elevó los salarios de un modo tan repentino y amplio en California, y en Australia en 1852. Fue el descubrimiento de los “placers” en tierra no

apropiada, en la cual era libre el trabajo, lo que elevó a 500 dólares al mes los salarios de los cocineros en los restaurantes de San Francisco, y dejó pudrirse los buques en el puerto, sin oficiales ni tripulación, hasta que sus dueños consintieron en pagar sueldos que, en cualquiera otra parte del globo, hubieran parecido fabulosos. Si estas minas hubieran estado en tierra convertida en propiedad particular, o si hubieran sido monopolizadas inmediatamente de manera que pudiera surgir renta, habría sido el valor de la tierra el que aumentara a saltos, no los salarios. La mina de Comstock ha sido más rica que los "placers", pero el filón fue monopolizado inmediatamente, y tan sólo en virtud de la fuerte organización de la Sociedad de Mineros, y del temor al perjuicio que podían causar, consiguieron los trabajadores ganar cuatro dólares por día por asarse dos mil pies bajo tierra, donde se les ha de bajar por medio de bombas el aire que respiran. La riqueza de la vena de Comstock ha aumentado la renta. El precio de venta de estas minas llega a cientos de millones, y ha producido fortunas particulares cuyos réditos mensuales pueden estimarse en cientos de miles, si no en millones. Tampoco hay misterio alguno en la causa que en California ha reducido los salarios desde el máximo de los primeros tiempos hasta un nivel muy próximo al de los salarios de los Estados del Este, y sigue reduciéndolos todavía. El poder productivo del trabajo no ha disminuido, sino que, por el contrario, ha aumentado, según dije antes; pero, a expensas de lo que produce, el trabajo tiene ahora que pagar renta. Cuando los depósitos de los "placers" se agotaron, el trabajo tuvo que recurrir a minas más profundas y a la tierra agrícola; pero, permitido su monopolio, los hombres recorren ahora las calles de San Francisco dispuestos a trabajar por casi nada —porque los elementos naturales ya no son libres para el trabajo.

Es una verdad axiomática. Haced esta pregunta a quien sea capaz de razonar ordenadamente:

"Supongamos que en el Canal de la Mancha o en el mar del

Norte apareciese una tierra sin dueño, en la cual el trabajo corriente, en cantidad ilimitada, pudiera ganar 10 chelines al día, y que permaneciese sin apropiar y con acceso libre, como las tierras comunales que en otro tiempo comprendían una parte tan grande del suelo inglés. ¿Cuál sería el efecto sobre los salarios en Inglaterra?”

En seguida os contestará que los salarios corrientes en toda Inglaterra pronto tendrían que subir a diez chelines diarios.

22 Y en contestación a esta otra pregunta: “¿Cuál sería el efecto sobre las rentas?”, después de un momento de reflexión os diría que las rentas tendrían que bajar necesariamente; y si reflexionase sobre las consecuencias inmediatas, os dirá que todo esto sucedería sin que una parte muy amplia del trabajo inglés se trasladara a las nuevas oportunidades naturales, y sin que las formas y dirección de la actividad productora variasen mucho, abandonándose únicamente aquellas clases de producción que ahora rinden al trabajo y al propietario juntos menos de lo que el trabajo podría procurarse en los nuevos elementos naturales. La gran subida de los salarios sería a expensas de la renta.

23 Tomemos ahora al mismo u otro hombre —un hombre de negocios testarudo— que no tenga teorías pero que sepa hacer dinero. Decidle: “Aquí hay una aldehuela que dentro de diez años será una gran ciudad; en diez años el tren habrá sustituido a la diligencia, la luz eléctrica a la bujía; tendrá en abundancia toda clase de máquinas y los adelantos que tan enormemente multiplican el poder efectivo del trabajo. A los diez años ¿será mayor el interés?”

Contestará: “¡No!”

24 “Los salarios del trabajo corriente ¿serán mayores? A un hombre que no tenga sino su trabajo ¿le será más fácil vivir con independencia?”

Os dirá: “No; los salarios del trabajo corriente no serán mayores; al contrario, según toda probabilidad, serán menores; no

será más fácil al simple trabajador vivir con independencia; probablemente le será más difícil.”

25 “¿Qué, pues, será más alto?”

“La renta, el valor de la tierra. Id, adquirid una pieza de tierra y conservadla.”

26 Y si, en estas circunstancias, seguís su consejo, no necesitaréis hacer nada más. Os podéis sentar y fumar vuestra pipa. Podéis tumbaros como los *lazzaroni* de Nápoles o los *léperos* de Méjico; podéis subiros a un globo o meteros en una cueva bajo tierra, y sin trabajar nada, sin agregar una pizca a la riqueza de la sociedad, a los diez años seréis ricos. En la nueva ciudad tendréis una morada suntuosa; pero entre sus edificios públicos habrá un asilo.

27 En toda nuestra larga indagación hemos ido avanzando hacia esta sencilla verdad: que como la tierra es necesaria para que el trabajo produzca riqueza, disponer de la tierra que es necesaria para el trabajo es disponer de todos los frutos del trabajo, salvo lo bastante para que el trabajo subsista. Hemos avanzado como en campo enemigo, en el cual cada paso debe asegurarse, fortificarse cada posición y explorarse cada sendero; porque esta sencilla verdad, en su aplicación a los problemas sociales y políticos, se oculta a la gran mayoría de los hombres, en parte por su misma sencillez, y en parte mayor por los sofismas difundidos y los erróneos hábitos de pensamiento, que llevan a los hombres a buscar en toda dirección, menos en la recta, una explicación de los males que oprimen y amenazan al mundo civilizado. Y detrás de estas complicadas falacias y de estas teorías engañosas, existe un poder activo y enérgico, un poder que en cada país, sea cual fuere su forma política, escribe leyes y ofusca la inteligencia: el poder de un vasto y dominante interés pecuniario.

28 Pero es tan sencilla y tan clara esta verdad, que, una vez vista plenamente, se la reconoce siempre. Sucede con ciertos dibujos que, aun mirándolos repetidas veces, no presentan sino un confuso laberinto de líneas o un abigarramiento —un paisaje, árboles o cosa parecida—, hasta que la atención se fija en una

cara u otra figura formada por estas líneas. Esta relación, una vez reconocida, permanece clara para siempre. Tal es el caso presente. A la luz de esta verdad, todos los hechos sociales se agrupan por sí mismos ordenadamente, y se ve que los fenómenos más diversos nacen de un gran principio. No es en las relaciones entre el capital y el trabajo, ni en la presión de la población contra las subsistencias, donde se encontrará la explicación del desigual desarrollo de nuestra civilización. La gran causa de la desigualdad en la distribución de la riqueza es la desigualdad en la propiedad de la tierra. La propiedad de la tierra es el gran hecho fundamental que en definitiva determina la condición social, política y, por consiguiente, intelectual y moral del pueblo. Y así tiene que ser. Porque la tierra es la habitación del hombre, el depósito del cual tiene que surtirse para todas sus necesidades, la materia prima a que su trabajo tiene que ser aplicado para la satisfacción de todos sus deseos; porque ni se pueden obtener los productos del mar, ni disfrutar de la luz del sol, ni utilizar fuerza alguna de la Naturaleza sin usar la tierra o sus productos. Sobre la tierra hemos nacido, de ella vivimos, a ella tornaremos: somos hijos de la tierra tan verdaderamente como la hoja de hierba o la flor de los campos. Quitad al hombre todo lo que pertenece a la tierra, y no será sino un espíritu incorpóreo. El progreso material no puede librarnos de nuestra dependencia de la tierra; únicamente puede aumentar el poder de producir riqueza; y de aquí que, cuando la tierra está monopolizada, aquél puede llegar al infinito, sin que los salarios aumenten ni mejore la condición de los que sólo tienen su trabajo. No consigue sino aumentar el valor de la tierra y el poder que su propiedad da.

29 Siempre, en todos sitios y pueblos, el dominio de la tierra es la base de la aristocracia, el cimiento de las grandes fortunas, la fuente del poder. Como decían en edades pasadas los brahmanes:

"A quienquiera que, en cualquier tiempo, pertenezca el suelo, le pertenecen los frutos de éste. Quitasoles blancos y elefantes locos de orgullo son las flores de una concesión de tierra."